

Noviembre y otros cuentos (1ª. parte)

D. R. © Julio Santizo Coronado (2017)

Por Ediciones del Jazmín, Guatemala, Centroamérica

La nueva edición del libro completo fue efectuada por Ediciones del Jazmín, Guatemala. Corrección de estilo y de pruebas a cargo de Arpro, Guatemala.

Distribución gratuita. Está prohibida su venta.

.....

Estos cuentos viejos, antañones como mi cuerpo, gritan en la oscuridad. Se desvanecen y se elevan como humo, se disipan como el vaho exhalado por la tierra luego de la lluvia del trópico, se abogan en las aguas a donde las nubes los llevan mecidos por el viento del tiempo.

.....

Noviembre y otros cuentos (1ª. parte)

NOVIEMBRE

«Creer en la inmortalidad del alma es querer que el alma sea inmortal, pero quererlo con tanta fuerza que esta querencia, atropellando a la razón, pasa sobre ella».
(Miguel de Unamuno)

Los días, abalorios pertinaces, deshojaban el calendario y le decían a M. que la vida continuaba, aunque esta se agotara. Levantarse de la cama fue más difícil aquella mañana, a pesar del sudor que le escurría por los costados, debajo de las cálidas mantas. La ventana estaba abierta y, sin embargo, el calor era insoportable. Era noviembre, por lo que la temperatura era inusual. No se movía ni una hoja de la higuera. El árbol de hojas acartonadas se veía desde el segundo piso de la casa de madera, pintada de blanco refulgente como si fuese cal esparcida sobre una tapia.

Se dice que existe un vacío que suele anidarse en el corazón de personas como M. Algunos afirman haber tenido esa sensación en el vientre, pero a M. lo atormentaba el mismísimo centro de su mente. No obstante, y de contradictoria manera, aquella sensación no era en él vacuidad, sino una extraña llenura que solo podía

explicarse como una irresistible aglomeración de ideas. Así sucedía en algunas ocasiones, aunque en otras se podía comparar con la insistencia de un solo pensamiento que iba y venía una y otra vez.

El sabor de boca le resultó acerbo, más amargo que el café que en ese momento deseaba con vehemencia, y ni siquiera el persistente ardor que la gastritis le producía impediría que bebiese un poco. Desde la cama se veía amplia la habitación, y la luz entraba abundante por la ventana atropellando a las motitas de polvo que flotaban en el aire calmo y tibio de la mañana de otoño.

Decidió levantarse antes de que la solitaria idea que le revoloteaba en la cabeza rebasara lo soportable. La incomodidad del cobertor era inaguantable. Se sentó en la orilla de la cama y miró sus pies con fijeza. Lo habían llevado a tantos sitios. Los había menospreciado y maltratado. Lo llevaron sin rumbo por calles oscuras, en noches de verano, en medio del croar de las ranas y del zumbido de los zancudos, a través del vaho que exhalaba el asfalto. Pisaron corredores de mármol, calles polvorientas y cubiertas de majadas; deambularon errantes por las avenidas de su ciudad natal, en tardes y noches de hastío colmadas de la insoportable porfía del único pensamiento que seguía moviéndose con insistencia, a pesar de los años, en medio de sus sienes.

M. alzó su pequeña humanidad del colchón (trató de no verse al espejo), dejó el borde de la cama y se dirigió hacia la puerta de la habitación en busca de la cocina que lo esperaba con la promesa del café. Bajó por la escalera de madera. El depósito de la cafetera estaba vacío, y en el tarro donde guardaba el grano molido apenas quedaba suficiente para prepararse una taza.

No había llenado la alacena desde hacía una semana. Había esperado pacientemente a que quedara vacía, como parte de los pequeños detalles que no deseaba dejar pendientes. Le llevó varios años llegar hasta este momento, ya que siempre había alguna razón que, impertinente, atajaba sus intenciones cuando creía que había llegado el instante propicio.

Los últimos granos molidos pasaron de la cuchara al papel de filtro, y el agua caliente hizo el resto. Una sola taza colgaba de una argolla dorada encajada en la tablilla clavada al muro de la cocina: monumento a la soledad. M. suspiró al cogerla con ambas manos. La acarició. Se regodeó en la textura, el color, el peso y sus dimensiones. Vertió el café y posó la mirada en la higuera y el jazmín plantados en el jardín del frente. Sus ojos brillaron.

Las notas de la sonata en do menor llenaban la casa, el corredor de la entrada, la salita, la pequeña cocina; rebotaban contra las paredes de ladrillo desnudo, contra las duelas de madera del piso, impregnaban el cielo raso, se difundían por el aire, incidían en el vidrio y eran refractadas hacia el jardín como la luz. M. escuchaba a manera de preparación (su mirada era la de un niño que ve hacia el pasado, como el pequeño a la espera del padre que ha partido y ha prometido volver, pero que jamás regresa).

La sonata número ocho era el fondo musical de la escena que se desenvolvía ante los ojos de la nada, en soledad, en un aislamiento y mutismo que M. había construido ladrillo a ladrillo durante toda su vida. El hastío de esta *generación* seguía en el ambiente y cada día era peor. Las tensas cuerdas del piano gemían y noviembre avanzaba inusualmente caluroso; la música acometía el tiempo mientras el viento aliviaba el prematuro sopor de una media mañana que se transformaba en mediodía. La brisa se escabullía por las rendijas del marco de la ventana y buscaba refugio en la calma que rodeaba a M., quien entonces bebió de la taza cuyos bordes le hacían recordar un poema que otrora escribiese en una servilleta en un impetuoso arranque de vigor juvenil.

El mediodía se tornó en tarde tempestuosa. Las memorias atizaban la angustia y el deseo de huir. El cielo, antes despejado, empezó a llenarse del vapor que el bochorno elevaba ante el deleite de M., quien vio entonces la oportunidad de ducharse para prevenir un resfrío postrero que en realidad no tendría la menor importancia en este día de finales, de conclusiones, como la de la sonata que se escuchaba por toda la casa. M. hizo sonar de

Noviembre y otros cuentos (1ª. parte)

nuevo el primer movimiento de la Patética. Buscó la música de fondo que encajara más con su deseo: impaciencia por la nada, la inexistencia que años atrás le causaba terror, pero que ahora sería el más grande alivio.

M. subió lentamente los peldaños —recordó sus póstumas páginas escondidas dentro de un cajón—, absorto en *aquel* único pensamiento, deleitando los sentidos con las notas que inundaban la casa y lo inducían a moverse sigilosamente, a deslizarse sobre el piso de madera con el deseo de eternizar cada minuto, cada instante que se desprendía como cuenta que resbalaba de una sarta. Llegó al segundo piso, entró en el baño de la pieza y se duchó. Saboreó el agua tibia que caía sobre sus labios. La tarde se hacía cada vez más gris y la llovizna comenzaba a empapar la albura de los jazmines y el verde maduro de las acartonadas hojas de la higuera. Se sentó en el borde de la cama y sonrió al pensar que a *ella* no le agradaría que escurriera sobre el piso al salir de la ducha. La vacuidad que se transformaba en idea volvió.

Vestirse le llevó más tiempo del acostumbrado. Fuera, la llovizna se hacía cada vez más copiosa. M. abrió el armario y cogió la gabardina que *ella* le había obsequiado. Respiró profundamente, y al pasar junto a la ventana notó que el jardín había perdido el matiz claro y cálido de la mañana. Entonces, un barrunto atravesó su corazón. Quizás el día había llegado —pensó—, ya no había más razones para soportar el tedio del intransigente y extraño hueco que en su mente crecía cada vez que los recuerdos volvían a invadir el lugar de sus pensamientos.

La tarde se cubría de nubarrones que poco a poco se unieron en una masa compacta de gris extenso. El tercer movimiento de la sonata en do mayor de Beethoven había llegado a su fin otra vez. El sol estaba a punto de ocultarse, el viento soplaba con fuerza y cortaba con gélido cuchillo. M. bajó de nuevo por las escaleras y cruzó el umbral. Vio a los costados con una sonrisa que se desprendía de sus ojos, se acercó a los jazmines, luego cortó un higo. Se deleitó con el aroma y la dulzura. Caminó

sobre el pasto y volvió a ver lo que dejaba tras de sí. A la casa ya le hacía falta una mano de pintura, pero tendría que dejarlo para otro día y para otra persona; era imposible no dejar cosas pendientes. Entonces, abrió la reja y se alejó en busca de la noche por el camino húmedo. Era noviembre, y una tormenta se acercaba.

Noviembre de 1990

.....

EN LAS SOMBRAS BAJO LA LLUVIA

A la memoria de Gloria

Llueve. El portal de la pensión le ofrece la seguridad y el calor que tanto necesita. Mujeres con pretensiones de heteras, de pie junto a la casa de enfrente, se entregan una a otra el mismo cigarrillo de mano en mano y hablan puras trivialidades. La monotonía de la lluvia lo obliga a buscar un pasatiempo, así que ni la banalidad de aquella charla casi inaudible desvía su interés. Las observa.

El encargado del lupanar disfrazado de hostal lo invita a entrar, pero él insiste en que solo busca refugio de la lluvia. Una de las meretrices sonríe desde el otro lado de la calle. Iba sin rumbo fijo aquella tarde.

Quizás hubiera sido mejor seguir caminando bajo la lluvia y empaparse. Está confundido, no sabe qué hacer, no quiere llegar a casa, a esa habitación vacía y enfrentarse de nuevo a la soledad. No quiere tumbarse en la cama simplemente para observar el librero u hojear una revista. Está inmensamente aburrido.

El mismo automóvil pasa por tercera vez, pero ahora se aparca en la esquina. Una mujer de falda corta y tacones altos cruza la calle con rapidez. Se agacha inútilmente, como si de esa manera pudiese impedir que la lluvia la moje. Con una mano saca un billete de la pretina de la falda y a cambio recibe algo en la otra. Se aleja feliz, grita algunas palabras a quien él no puede ver ahora y que se oculta de la vista por el mismo lugar de donde ella salió.

Julio Santizo Coronado

La lluvia arrecia y el portero se ha perdido detrás de un postigo. Se libra de la mirada del hombrecillo de pelo hirsuto. Tiene hambre; revisa su billetera, pero la lluvia no cesa y no puede moverse del umbral. No quiere empaparse.

Las mujeres de enfrente se han alejado por la avenida; él se asoma y ve cómo se pierden a través de una puerta una cuadra más arriba. Se percata de que la mujer que se acercó al automóvil lo observa; se desliza con rapidez detrás de una de las hojas del portón de madera. Escucha los tacones. Espera...

Es del color del ébano, y el rojo vestido contrasta con su piel. Lo observa y le extiende la diestra, y al sonreír pregunta: «¿Quieres entrar al cuarto?». Se da cuenta de que es la misma que unos minutos antes corrió hacia el automóvil y recibió quién sabe qué en su mano de caramelo horneado. El frío y la humedad lo agobian. Palpa de nuevo sus bolsillos y, sin mediar palabra con la endrina, golpea con los nudillos. La ventanita se abre y la sonriente cimarrona le pide el dinero que él saca de la billetera. La puerta cruje. La mujer intercambia palabras con el imberbe y este le da una toalla, un pequeño jabón y un rollo de papel higiénico barato.

El agua da con fuerza contra el techo de zinc. El flacucho de oscuro y opaco cabello coge una llave de un gancho clavado a la pared y se les adelanta, balbuceando palabras incomprensibles. El pasillo es largo y húmedo, las paredes están pintadas de un verde cuyo matiz es triste, sucio, y que provoca en él una sensación de nauseabunda melancolía.

Mientras camina por el corredor, observa a los costados una indecible cantidad de puertas abiertas y cerradas que dan la impresión de que allí dentro la distancia es más larga que en la calle. Pasa junto a un sanitario. Se ve limpio. Eso —no sabe por qué— lo hace sentirse más tranquilo.

Al llegar al fondo, el pequeño cancerbero bípedo mete y gira la llave dentro de la cerradura, abre la puerta y vuelve a pronunciar palabras ininteligibles en tono bajo. La lluvia cae con un

sonido metálico ahogado por el cielo falso de duelas apolilladas, como si fuese arena que se desparrama sobre el techo.

En el austero cuarto solo hay un espejo, una cama, una silla y una mesita en la que una palangana de peltre y un pichel de plástico son los esenciales utensilios para lavar el rastrojo de un acto que durante la juventud es deseable y venial, pero que hace de la carne simple bazofia.

Se vuelve hacia la cama. Ella trata de quitarse la ropa y él se apresura a pedirle que no lo haga. Le dice que solamente desea permanecer en la habitación hasta que cese la lluvia, que de todas maneras le pagará; que pueden hacerse compañía y platicar un buen rato. Su nombre es Aura, dice, y la mente de él se conecta con el librito que leyó dos o tres veces hace mucho tiempo. Se anima a preguntarle si le gusta leer —qué estúpido, piensa—, y se sorprende cuando ella responde que sí —no fue un idiota al final de cuentas, vuelve a pensar—, que alguna vez fueron suyos varios libros. Y agrega que los malos tratos de su abuela la obligaron a mudarse a la capital.

Con su acento pastoso le cuenta que creció en una plantación bananera, que era la más pequeña de cinco hermanos. Con el tiempo, unos murieron y otros emigraron; sus padres los abandonaron cuando ella era solo una niña, y su abuela se ocupó de ellos. Entrelaza los dedos, recoge las piernas sobre la cama, asiéndolas por las rodillas y, entonces, echando la cabeza hacia atrás, ve hacia el cielo falso. Ella era la única que despertaba una extraña antipatía en la anciana. Al parecer, Aura le recordaba mucho a alguien a quien la vieja detestaba con toda el alma.

Aura sonríe. Cuando tenía catorce años huyó de casa. Había terminado la escuela primaria y deseaba seguir estudiando, así que buscó trabajo; pero por ser menor de edad nadie le daba un empleo permanente, y durante varios meses se la pasó de trabajo en trabajo temporal, sirviendo mesas, limpiando inodoros, ayudando en cocinas, lavando carros. Finalmente, una matrona la aceptó como sirvienta. Aura se interrumpe y le pregunta si

Noviembre y otros cuentos (1ª. parte)

tiene fuego. Él saca un encendedor del bolsillo izquierdo de la chumpa de lona. Roza su mano blanca contra la oscura piel de ella, y al ver el contraste, Aura susurra: «Café con leche...». Entonces, unos dientes de pulpa de coco se asoman en medio de una carcajada. Aura enciende el cigarrillo aplastado que lleva metido en el centro del sostén y hace volutas de humo, redondea sus voluptuosos labios y forma aros que suben despacio hacia la madera carcomida del cielo falso.

Ella lo observa; él guarda silencio. La lluvia sigue desparramándose como arena sobre el zinc. Aura juega con una almohada y prosigue. La matrona notó pronto la manera en que los hombres dirigían sus miradas hacia Aura; así que una noche de mayo, mientras llovía, perdió la virginidad, sin preámbulos y sin amor. El exordio tuvo olor a penetrante ron amargo y el epílogo fue una noche de llanto y una ducha interminable con agua caliente, sal y limón. Bajo su almohada escondía un librito de poemas, comprado por cincuenta centavos, cuyos versos en páginas amarillentas la ayudaron a guardar un poco de inocencia para sí. Aura se levanta y camina por el cuarto, se detiene delante del espejo y la imagen que retorna a los ojos de él es real, de carne y hueso; no se desvanece en el fondo del azogue. Aura es de verdad.

Cuenta con tristeza que unos meses después, un joven inexperto y solitario tocó a la puerta del lupanar por la tarde, cuando aún no abría. Había visto a la muchacha una semana antes y la había observado toda la noche a través del cristal marrón de una botella de cerveza. Cuando todo el mundo estaba ebrio, le hizo una señal. Entraron en un cuarto con olor a creolina y sobre un colchón de paja la amó con ternura.

Varias tardes después, él le llevó una flor. La matrona gritó su nombre, Aura, y ella apareció detrás de una raída cortina de encaje barato, aún soñolienta y refregándose los ojos. Ella extendió sus formidables brazos de raspadura de panela y recibió la flor con una sonrisa. Esa tarde, lloró al conocer su fortuna, sabiendo que el verdadero amor le estaba vedado. Así que huyó de la casa

cerrada y nunca volvió a ver a aquel loco enamorado, pero conservó la flor entre las páginas del poemario que siempre llevaba consigo.

Él le pide que se lo muestre, ella se rehúsa; y es entonces cuando él nota que la lluvia no cesa, y que la tarde se convierte en noche, y que el cielo se transmuta en plomo, y que se encuentra tan solo como ella, y que ella deja caer su falda roja, y que se quita el sostén, y que toma su brazo, y que lo obliga a rodear su cuerpo con ambas manos, y que su camiseta se alza sobre su cabeza, y que lo despeina, y que lo besa, lo le causa una sensación cálida e inesperada. El pasa su mano sobre todo el contorno de la morena, mientras el cuarto queda en la oscuridad total. Entonces, dibuja su cuerpo, cerrando los ojos, para que el color de la oscuridad no entre por sus pupilas; para sentirla, para no verla, para no percibir con sus ojos ni siquiera el perfil de su silueta. Con sus labios observa la rigidez del cuello de treinta y tantos años, como si fuese la misma quinceañera que podía haber crecido en una finca bananera, como si fuese la niña que lavaba platos y que se secaba las manos sobre la cadera en el delantal blanco ceñido a la cintura, tal como las trémulas manos de él tratan de hacerlo hoy, en esta noche sin luna y sin estrellas.

Entonces, el hombrecillo toca a la puerta. Él se yergue, despierta del ensueño y corre a encender la luz. Allí está ella, sonriendo y dejando ver sus secretos. Grita con voz ronca: «¡Ya salgo, no me jodás!». Él se viste, asombrado aún —sin poder explicarse por qué— de haberla oído hablar de esa manera. Entretanto, Aura extiende su terciopelo negro sobre la manta; se sienta sobre la cama, como gato de mal agüero, y le da la espalda, mientras saca algo de su bolso de tela. Un tubo de vidrio es la pipa que con el encendedor calienta un trocito blanco que humea con una seducción abrumadora y despidе un aroma acre que oscurece la sonrisa de Aura.

Ha dejado de llover. Aura ha salido de la habitación y lo ha dejado con un extraño sabor a tristeza en la boca. Ansioso, desea volver a la vida rutinaria, a los hábitos que con el correr de los años se han transformado en ritos. Vuelve al umbral que

lo vio llegar y oye el rechinar de unos neumáticos. Es el mismo automóvil que vio por la tarde. Se aleja en fuga por la avenida. Un grito ahogado es lo último que escucha. Camina hacia la esquina y encuentra sobre el suelo un librito, unas hojas sueltas, sin cubierta. Ha caído en un charco; está viejo y ajado, tiene algunas páginas rotas, palabras borrosas, esquinas dobladas... Y de él cae un jazmín marchito.

Un día nublado de 1993

.....

BÉATRICE

Despertó. Su oscura letargia y su nequicia se disfrazaron de apostura, y todo ello se reflejó en el mar vítreo adosado al inerte muro blanco de la habitación. El tiempo, enemigo implacable de la vanidad, engranó sus ruedas y la arrastró al fondo del crepúsculo vespertino.

El fulgor rosa del despunte de la aurora partió en dos la madrugada; el brillo de la mañana se deslizó una vez más por encima del contorno de su cuerpo. El agua reflejó la silueta de la soberbia, y las arenas del reloj se unieron entre sí a pesar de la reluctante impertinencia que, tozuda, se situaba entre la belleza y la fealdad. Algo desapareció delante de sus ojos, algo se hizo difuso entre sus retinas y los reflejos que se transformaban en imagen de su diario soñar. El sol se ahogó en el fondo de la noche.

Al día siguiente, su piel de durazno se irguió lentamente, con soberbia, y se plantó delante del cristal. El escarpado estanque, perpendicular al frío suelo de la habitación, no reflejó su suavidad. Horrorizada, comenzó a ver a través de sí. Se acercó, apoyó las palmas contra el espejo e intentó sentir. ¡Nada! Bañada en lágrimas, se hundió en un profundo sueño mientras las tinieblas engullían el resplandor del ocaso.

El brillo del alba le abrió los párpados y la enfrentó de nuevo al cristalino muro. Desesperada, vio cómo la tersura de su talle se difuminaba hasta

llegar a la total transparencia, que era atravesada por su vileza, la oscura traición, la perfidia agazapada tras la blancura de sus dientes y el brillo de sus ojos. Consternada, en medio de la desesperación, el odio y la terquedad atravesaron su mirada. Desaparecía, y nada podría devolverle la falsa beldad. Llegó la tarde. Se echó sobre el piso blanco en una esquina de la pieza. El sueño la venció.

Al clarear del último día nada, absolutamente nada se reflejó en el azogue. Los vicios se esfumaron, se disiparon; lo banal desapareció y lo trivial se consumió. Su sueño llegó a término y nada la pudo rescatar del olvido. Ese día, un instante antes de la desaparición absoluta, su aún palpitante mente tuvo que admitir que en realidad nunca había existido.

Un día perdido de 1993

.....

CARTA DE DESPEDIDA PARA MI AMADA ESQUIZOFRÉNICA

inicial mayúscula minúsculo es el pretexto que agita mi pluma y la hace escribir estas líneas coma como si tuviese todo el tiempo del mundo coma como si tuviese la eternidad por delante punto y seguido mayúscula seguiré viviendo en este espacio de un metro sesenta y cinco de elevación sobre el nivel de la realidad coma sobre el cual descansa mi pequeño mundo punto y seguido mayúscula abre una puerta en blanco más coma me encuentro con mis deseos y con mis recuerdos a la vuelta de la esquina punto y seguido mayúscula un café me hace pensar en vos esta noche y recordar todos tus rostros coma ver con más lucidez todo tu contorno y me ayuda a deglutirte coma tragarte en cada uno de los ejercicios de escritura que la hoja en blanco y la pluma repleta de tinta negra me obsequian punto y aparte sangría mayúscula hablás de olvidar los anonimatos coma de tener valor para romper el silencio coma como el tuyo coma como tu reticencia y tu catatonia abre paréntesis arduo oficio dos puntos garrapatear encima de las hojas cierre paréntesis punto y seguido mayúscula

Noviembre y otros cuentos (1ª. parte)

respiro y aprieto los dientes punto y coma todo aquello a lo que vos le temés y todo de lo cual te escondés detrás de tu mutismo coma de tus pretextos y de tu ardor estomacal de anorexia incomprendida es comparable a lo que ahora nos ocurre punto y seguido mayúscula peculiar coma decís coma peculiar raya abro interrogación qué es para vos peculiar cierro interrogación y cierro raya punto y seguido mayúscula en realidad todo aquello de lo cual solíamos charlar no es más que una manera de ver la alteridad del mundo coma para usar esas palabras puestas en boga por todas esas personas que tanto admirás coma esas palabras que aborrezco y de las que nada sabés en realidad punto y seguido mayúscula pero tenés razón en algo coma y es en aquello que un día me dijiste sobre el arte y la paciencia dos puntos dedicarnos a escribir punto y seguido mayúscula no coma ese privilegio no nos pertenecerá nunca punto y coma claro coma en eso vos sí que tenías razón punto y seguido mayúscula además coma admito que estabas en lo cierto cuando me lanzaste a la cara todo aquel discurso sobre la complejidad del pensamiento coma la fantasía y todo lo demás que vos preconizabas al grado de vivir en un mundo de meras ilusiones punto y seguido abro signos de interrogación mayúscula quién más sino vos podría saber todo esto cierro interrogación párrafo aparte sangro la página *prosigo luego de dos puntos que solamente están en mi conciencia* mayúscula aquel día hablaste de asuntos de los cuales no tenías derecho a opinar puntos suspensivos tenés la desfachatez de llenarte la boca con todo aquello de la omnipresencia del amor coma del amor a la escritura coma como si vos supieras lo que es amar contra viento y marea coma como si vos hubieras usado alguna vez en tu vida el amor para tratar de reparar lo que estaba irremediablemente roto coma lo que no funcionaba punto y coma entonces me decís con total seguridad que las cosas cambiarán con el tiempo punto y seguido mayúscula pero todo aquel que no viva detrás de tu cristal aceitunado se da cuenta de inmediato de que esto no va para más coma que nada da para más punto y seguido mayúscula y ahora me salís con que una cosa es escribir pero otra es la realidad punto y seguido abro signos de admiración mayúscula cómo te contradecías cierro signos de admiración

mayúscula cómo te molesta coma cmo te aflige el qué dirán coma aunque toda tu vida te hayás ocultado detrás de un mundo ilusorio hecho con todos los cientos coma los miles de folios que leíste desde que tu vida se escindió punto y seguido abro exclamación mayúscula ajá cierro exclamación coma abro signos de interrogación mayúscula lo ves cierro signos de interrogación mayúscula esa es la respuesta dos puntos tu dolor arropado de egoísmo punto y seguido mayúscula además coma vos sabés que el tiempo seguirá su curso coma siempre hacia adelante coma porque el tiempo no existe coma y que lo que vos no ves coma así coma de manera tan parcial coma es lo que no nos permite continuar dos puntos esa imperfección insoportable coma ese cerco cuya puerta jamás se abre coma ese obstáculo que tu falta de amor no puede salvar coma el muro que rodea por entero a tu insensible corazón punto final

Un día olvidado de 1994

Julio Santizo Coronado

Acerca del autor. Julio Santizo Coronado nació en la ciudad de Guatemala en noviembre de 1965. Cursó el bachillerato en ciencias y letras en la Escuela Experimental y de Aplicación Mirón Muñoz, adscrita a la Facultad de Humanidades de la Universidad Rafael Landívar (1981 – 1982). Fue piloto aviador estudiante y piloto aviador privado durante su adolescencia (1982 – 1984). Estudió en Alianza Francesa de Guatemala (1984 – 1986). Se desempeñó como telefonista y operador de télex en un hotel, maestro de secundaria en un liceo para niñas y como corrector de pruebas en una agencia de publicidad durante su juventud (1985 – 1988). Trabajó para el Ministerio de Educación de Guatemala y para la Fundación para la Promoción de la Educación Rural en Centroamérica, Funeduca (1988 – 1996). Estudió Letras en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala (1989 – 1993). Trabajó como corrector de textos y diseñador para el Centro de Documentación e Investigación Maya, Cedim (1997 – 1999) y como revisor de estilo y de pruebas, editor auxiliar y redactor en varios periódicos guatemaltecos durante 12 años (1999 – 2011). Ha sido corrector independiente y editor; ha revisado trabajos literarios y de otra índole para casas editoriales, autores independientes y revistas. Está retirado, pero colabora desde 2013 con Editorial Santillana.

.....

Porque mis días se han acabado tal como humo, y mis huesos mismos han quedado al rojo como un fogón.

Mi corazón ha sido herido tal como vegetación, y está seco, pues me he olvidado de comer mi alimento.

A causa del sonido de mi suspirar, mis huesos se han pegado a mi carne.

De veras me parezco al pelícano del desierto. He venido a ser como un mochuelo de lugares desolados. Me he demacrado, y he venido a ser como un pájaro aislado sobre un techo.

(Salmo 102:3-7)

**Traducción del Nuevo Mundo de las
Santas Escrituras**

Títulos del autor por Ediciones del Jazmín

Poesía incompleta

(rústica, dos ediciones, agotado)

Poesía incompleta

(3ª. edición revisada, gratuita)

Relatos para la pira

(rústica, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(rústica, 1ª. edición, agotado)

Cartas a un hijo ausente

(2ª. edición revisada, gratuita)

Palabras del agua y de la mar

(edición gratuita)

Relatos para la pira

(1ª. edición, rústica, agotada)

Todos los relatos para la pira

(revisión de **Relatos para la pira**, gratuita)

Noviembre y otros cuentos

(edición gratuita, por entregas)

Poesía innombrable

(edición gratuita)

Pequeño diario para una madre dormida

(edición gratuita)

Las horas de mi madre

(edición gratuita)